

La razón en el sentido común

KRK EDICIONES · PENSAMIENTO · 63

Consejo editorial

Juan Á. Canal

Ricardo Menéndez Salmón

Ramón Punset Blanco

Luis Manuel Valdés Villanueva

COMPAGINACIÓN Y CUBIERTA: OLAYA GARCÍA
AL CUIDADO DE LA EDICIÓN: BENITO GARCÍA NORIEGA

GEORGE SANTAYANA

La vida de la razón

o Fases del progreso humano

Introducción y

VOL. I. La razón en el sentido común

Presentación de

José Beltrán Llavador y Daniel Moreno Moreno

Traducción de Daniel Moreno Moreno

KRK EDICIONES · 2023

TÍTULO ORIGINAL

The Life of Reason, or The Phases of Human Progress.
Introduction and Reason in Common Sense (1905)

© de la traducción: Daniel Moreno Moreno

© de las presentaciones:

José Beltrán Llavador y Daniel Moreno Moreno

Cubierta:

Santayana en el despacho. Casa de Albert von Westenholz
(Volksdorf, Hamburgo, 28 de junio de 1907)

© de esta edición: Krk Ediciones

Álvarez Lorenzana, 27. 33006 Oviedo

www.krkediciones.com

ISBN: 978-84-8367-797-1

D.L.: AS-2411-2023

Grafinsa. Oviedo

Índice

| | |
|--|----|
| Plan de la obra. | 9 |
| Presentación de <i>La vida de la razón</i> , por DANIEL MORENO MORENO | 11 |
| Presentación de este volumen, por JOSÉ BELTRÁN LLAVADOR. | 23 |
| Bibliografía reciente | 46 |

LA VIDA DE LA RAZÓN O FASES DEL PROGRESO HUMANO

INTRODUCCIÓN

| | |
|--|----|
| El objeto de esta obra, su método y antecedentes . . . | 53 |
|--|----|

LA RAZÓN EL SENTIDO COMÚN

| | |
|---|-----|
| I. El nacimiento de la razón | 105 |
| II. Primeros pasos y primeras fluctuaciones . . . | 125 |
| III. El descubrimiento de los objetos naturales . . | 149 |

| | | |
|-------|--|-----|
| IV. | Sobre algunos críticos de este descubrimiento | 181 |
| V. | Se unifica la naturaleza y se discierne la mente | 233 |
| VI. | Descubrimiento de mentes-afines | 263 |
| VII. | Concreciones en el discurso y en la existencia. | 299 |
| VIII. | Sobre el valor de las cosas y el de las ideas. . . | 335 |
| IX. | En qué medida es práctico el pensamiento . . . | 367 |
| X. | Los valores son tasados en la reflexión | 415 |
| XI. | Algunas condiciones formales del ideal. . . . | 447 |
| XII. | Flujo y constancia en la naturaleza humana . . | 467 |
| | Índice onomástico | 503 |
| | Autores | 507 |

Plan de la obra

LA VIDA DE LA RAZÓN

Introducción

- VOL. I. La razón en el sentido común
- VOL. II. La razón en la sociedad
- VOL. III. La razón en la religión
- VOL. IV. La razón en el arte
- VOL. V. La razón en la ciencia

DANIEL MORENO MORENO

Presentación de *La vida de la razón*

Mucho se ha escrito sobre la relación de Jorge/George Santayana con los pragmatistas, y con la filosofía norteamericana en general, y sobre la más que discreta relación de Santayana con la filosofía española. Ambas relaciones ponen de manifiesto un hecho que, en sí mismo, es reseñable porque pocos filósofos comparten con Santayana el honor de ocupar un lugar destacado en *dos* historias de la filosofía, en este caso la norteamericana y la española. En efecto, Max H. Fisch incluyó a Santayana en su *Classic American Philosophers: Peirce, James, Royce, Santayana, Dewey, Whitehead* (1951), y Alfonso López Quintás lo incluyó en su *Filosofía española contemporánea* (1970). A estos pioneros los siguieron John J. Stuhr, quien incluyó a Santayana junto a Charles S. Peirce, William James, Josiah Royce, John Dewey, y Herbert Mead en su *Classical American Philoso-*

phy: Essential Readings and Interpretative Essays (1987), y José Luis Abellán, quien incluyó a Santayana en su monumental *Historia crítica del pensamiento español* (1989). Más recientemente, el profesor Manuel Garrido, le reservó un puesto de honor en *El legado filosófico y científico del siglo XX* (2007) y, junto a Ortega y a Unamuno, en *El legado filosófico español e hispanoamericano del siglo XX* (2009).

Ahora bien, igual que Santayana afirmó en 1930 que había procurado decir en inglés tantas cosas no inglesas como había podido, de haberse enrizado filosóficamente en España acaso también se habría dedicado a sostener cuantas más cosas no españolas le hubiese sido posible. Porque, en efecto, él adopta un punto de vista que no es de ningún lugar en especial, no es norteamericano, no es europeo, es simplemente humano. Por eso es mejor calificarlo simplemente de filósofo. En todo caso, se le puede reconocer como filósofo clásico, en el sentido de que no ha pasado de moda: volver a leer a Santayana siempre recompensa; quizá el único inconveniente relativo es que acostumbra el paladar filosó-

fico a unos sabores que convierten en insípidos los textos de otros filósofos.

La filosofía significó para Santayana lo mismo que para los griegos: autonomía, libertad, desasimiento. Como ellos cultivó la razón, pero no el dogmatismo, buscó la belleza pero la encontró en lo cotidiano, respetó la ciencia pero no le permitiría ocupar el lugar de la religión, como respetó la religión pero tampoco le permitiría ocupar el lugar de la ciencia. La lección que Santayana sacó de sus numerosos viajes fue el rechazo del provincianismo y del fanatismo, y la defensa del cosmopolitismo, y de la ironía, de su característico humor entre elegante y cruel. No en vano se le ha comparado a veces con la medio-sonrisa de la *Gioconda* de Leonardo Da Vinci.

Lo cierto es que algo de enigmático tuvo siempre Santayana, no del todo bien comprendido en Harvard, donde el talante de William James era el dominante, ni en Europa, donde siempre fue más bien visto como una curiosidad. Resulta completamente autobiográfico un texto como éste, de 1923: «La fi-

losofía no es un asunto opcional que pueda ocurrirme ocasionalmente. Es mi única vida posible, mi respuesta diaria a cualquier cosa. Vivo pensando, y mi única emoción perpetua es que este mundo, conmigo mismo incluido, haya de ser el extraño mundo que es». Por las mismas fechas, por cierto, la pregunta de Heidegger era mucho más teológica: por qué hay algo y no más bien nada.

Para Santayana, el ejercicio filosófico es un camino de sabiduría. Nada extraño resulta, entonces, que se dedicara a la vida intelectual, alejado de los ambientes académicos, ni que Santayana encabezara el libro que ahora publicamos con una cita de la *Metafísica* de Aristóteles: «En efecto, la actividad de la razón es vida». De ahí procede el título de la obra: *The Life of Reason*.

A modo de marco filosófico general, hay que recordar a los dos pensadores que más influyeron en Santayana mientras componía *La vida de la razón*: Lucrecio y Darwin. Santayana cuenta en sus memorias que el *De rerum natura* lucreciano llegó a sus manos en una edición de bolsillo en latín sin notas,

pero que se aprendió los grandes pasajes de memoria. Por otro lado, la respuesta de Santayana al impacto de la obra de Charles Darwin fue reformular su filosofía desde el naturalismo: el ser humano no es ya un ser escindido entre la razón y los sentimientos, ni entre su parte divina y su parte humana, es, por el contrario, un animal que desarrolla de modo natural la razón y su aspiración al ideal (vol. 1, *La razón en el sentido común*); el animal humano, empujado por el amor, constituye grupos como la familia y sociedades de distinto tipo, aunque su mejor compañía son los ideales (vol. 2, *La razón en la sociedad*); de modo natural, el ser humano confía en la magia y construye religiones que le aseguren que es inmortal, aunque realmente la única inmortalidad a nuestro alcance es la inmortalidad ideal (vol. 3, *La razón en la religión*); también de modo natural, el ser humano desarrolla la técnica y la industria; la música y el lenguaje; la poesía y la pintura, el arte en general, porque el arte produce felicidad, la gran aspiración humana (vol. 4, *La razón en el arte*); finalmente Santayana analiza (en el vol. 5, *La razón*

en la ciencia) cómo surgen los desarrollos humanos más elevados: la moral y la ciencia.

La genialidad de Santayana fue darse cuenta de que aceptar que somos animales no nos obliga a prescindir de nada de lo que somos capaces: el ideal, la belleza y la felicidad. La razón no es algo ajeno a la vida sino la vida en su incandescencia última; cuando, como decía Aristóteles, es propia de los dioses.

Cuando los irracionalistas acusan a la razón de dejar fuera múltiples impulsos, tienen en mente *un* tipo de razón, la máscara de un solo impulso que se apropia de tal nombre. Si se identifica, por ejemplo, la razón con el deber kantiano, al experimentar la impostura de este último se puede querer tirar por la borda ambos a la vez, cierto deber y la razón en su totalidad; o cuando se recurre al *deus ex machina* del artista o de la razón poética para dar voz a todo lo que habitualmente la razón deja fuera de sí, se parte de *una* concepción de la razón, la razón científico-matemática, que está muy lejos de ser la razón tal como la entiende Santayana: como la armonía posible del mayor número posible de impul-

sos. En definitiva, los irracionistas lo son de una razón *per se* irracional.

Al ser empujado por la revolución que supuso la obra de Charles Darwin a adoptar un punto de vista, digamos, prekantiano, Santayana se ve libre de los falsos problemas generados en las discusiones tardodecimonónicas entre el positivismo y los críticos del positivismo, dado que ambos comparten el marco general kantiano. En concreto, Santayana se adelantaría a la famosa disputa «muy siglo xx» entre filosofía, ciencia y poesía. Desde una filosofía *à la* Santayana, Ludwig Wittgenstein (también Rudolf Carnap) y Martin Heidegger (también María Zambrano) dicen lo mismo, solo que bajo diferentes perspectivas: que la ciencia conoce el mundo (fenómeno) mientras que la poesía habla de otra cosa, más profunda (noúmeno); solo que a Wittgenstein y a Carnap el noúmeno no les interesa, mientras que a Heidegger y a Zambrano sí, y muy vívidamente, tal como lo expresan, o tal como le ponen voz, los poetas. Pero ¿es inevitable esa contraposición?, ¿no hay un momento *previo* a esa divi-

sión? Santayana sostiene que sí, y así lo defiende ya en *La vida de la razón*.

Santayana, por otro lado, propone concebir el ejercicio filosófico como una obra de arte en la que se expresen reconocidamente sólo perspectivas e ideas personales respetando las opiniones ajenas y dejando que el universo siga su curso. Este es el ánimo con que hay que acercarse al sistema santayano. Un sistema caracterizado por la coherencia, dado que no tiene que plegarse a ningún interés espurio, por el candor para mirar la relación del ser humano con el mundo sin dejarse influenciar por la filosofía moderna, por el coraje para distinguir entre la verdad y lo que la imaginación presenta como verdadero, y por la sinceridad, dado que expresa preferencias personales mostradas con claridad y que no se toman por más de lo que son.

Y un sistema que, además, merece tal nombre por el amplio conjunto de cuestiones abordadas; una perspectiva olvidada, por cierto, por la mayoría de los filósofos a partir del siglo xx. En efecto, basta cotejar el índice de cuestiones abarcadas por

los cinco libros de *La vida de la razón* —cuyos títulos ya anuncian que tratarán sobre el origen y el papel de la razón, sobre la sociedad, sobre la religión, sobre el arte y sobre la ciencia— para comprobar que el modelo de sistema filosófico que hereda Santayana es, por poner un ejemplo emblemático para él, el de *La naturaleza de la cosas*, de Lucrecio. Es un modelo omniabarcante. Ningún asunto humano le es ajeno, por más que no pretenda decir la última palabra. Nada de obras mancas, fragmentarias, parciales, meramente proyectos que acaban siendo reformulados, tratadas a veces como oráculos geniales a interpretar diversamente, que alcanzan repercusión exclusivamente en el círculo esotérico de los seguidores a la vez que resultan incomprensibles o prescindibles para los integrantes de otro círculo. A su lado, la filosofía de Santayana es heredera de la gran corriente de la filosofía —más bien sabiduría— clásica.

A *La vida de la razón* debió Santayana su prestigio en Estados Unidos, que aún perdura, y fue el que motivó, seguramente unido a *El egotismo en la filosofía alemana* (1916), la pregunta del entonces

prestigioso polígrafo dominicano Pedro Henríquez Ureña: «¿Por qué España, que con tanto empeño aspira a tener filósofos, no se entera de quién es Santayana?» [«En la orilla», *Índice. Revista de definición y concordia*, 1 (1921), aforismo XIII, p. 4]. Como un eco, preguntó también, desde España, Eugenio D'Ors: «¿Por qué esta resistencia española a informarse sobre Santayana, famoso escritor, famoso filósofo, y nacido precisamente en Madrid?» [*Las noticias*, 3 de julio de 1921]. Preguntas que, lamentablemente, no han perdido su actualidad. Y eso que Antonio Marichalar abrió con ellas su artículo en la *Revista de Occidente* «El español inglés George Santayana» (1924), n.º 9, y añadió su matiz: «Prolongar aún más tiempo la actitud de culpable indiferencia generalmente mantenida respecto a Santayana fuera, por nuestra parte, falta de fervor. ¿Merece tal olvido este español insigne, que ha declinado importantísimos puestos por no perder su nacionalidad?» (p. 341). Acaso ahora, cien años más tarde de estas palabras, Santayana encuentre la recepción que se merece en su país de origen.

JOSÉ BELTRÁN LLAVADOR

Presentación de este volumen

Cuando Santayana comienza a publicar el primero de los cinco volúmenes de *La vida de la razón*, en 1905, tiene 42 años y una carrera académica consolidada en Harvard. Una década antes ya había alcanzado proyección internacional con *El sentido de la belleza* (1896). Poco después, amplió sus reflexiones estéticas en *Interpretaciones de poesía y religión* (1900) y su nombre ya resultaba familiar en los círculos académicos estadounidenses y europeos. De manera que cuando escribe a la editorial Scribners's Sons en 1904 para sugerir la publicación de la pentalogía, las condiciones eran favorables y cada uno de los volúmenes se fue publicando de manera escalonada entre principios de 1905 (los cuatro primeros) y 1906 (el último). Santayana disfrutaba entonces de una estancia de dos años en el extranjero, primero un sabático en Italia y Oriente, y des-

pués como profesor invitado en Francia para impartir un ciclo de las conferencias (*Hyde Lectureship*), que se iniciaron en la Sorbona el 28 de noviembre de 1905 y finalizaron el 17 de marzo de 1906. Un año después promociona a profesor catedrático, pero al mismo tiempo no deja de pensar en el proyecto, largamente acariciado, de abandonar definitivamente Estados Unidos y la carrera universitaria.

De su experiencia en Francia da cuenta Santayana en el *Memorandum* (1906) que escribe a modo de informe. El proyecto de instalarse en Europa forma parte de la necesidad de cambiar la enseñanza de la filosofía por la filosofía como forma de vida, siguiendo la expresión utilizada por Daniel Moreno en su libro sobre Santayana. Solo así, sin ataduras ni obligaciones institucionales, podía entregarse a la «vida de la razón». De este proyecto vital y de sus inquietudes intelectuales en los años de principios de siglo dejará constancia, de modo retrospectivo, en *La tradición gentil en la filosofía americana* (1911), en *El carácter y la opinión en Estados Unidos* (1920), y en *Personas y lugares* (1944, 1945, 1953).

También volverá a las cuestiones que aparecen en el primer capítulo de *La razón en el sentido común* con un artículo aparecido póstumamente en *The Southern Review*, en 1967, con el mismo título: «El nacimiento de la razón». Este texto forma parte de la antología que preparó su albacea, Daniel Cory y le dará su nombre: *El nacimiento de la razón y otros ensayos* (1968). De modo que cabe interpretar el conjunto de *La vida de la razón* como una preparación para dedicarse plena y exclusivamente a la filosofía. Pero esta dedicación requería buenas dosis de libertad, una extraordinaria libertad de pensamiento que confirma, página a página, en su pentalogía.

Santayana se caracterizó por ir a su aire, pero eso no significa que dejara de estar atento a las novedades de todo tipo —muchas y sorprendentes— que tuvieron lugar en su época. Al contrario, Santayana fue testigo privilegiado —observador consciente y viajero cosmopolita— de un cambio de época que hizo tambalear las visiones más arraigadas de la realidad. En el mismo año en que se publica *La razón en*

el sentido común, Einstein había dado a conocer los primeros desarrollos de su teoría de la relatividad, cuestionando la concepción mecánica del mundo, un tema que Santayana abordará en «Las revoluciones de la ciencia» (1928), pero que ya permea en la visión relacional del universo que encontramos en *La vida de la razón*. Freud había inaugurado el siglo con *La interpretación de los sueños* (1900), que despliega la teoría del inconsciente, y con la que Santayana dialogará en «Largo rodeo hacia el nirvana» (1923). En el ámbito de la pintura, Picasso deconstruyó la perspectiva canónica, con la introducción del cubismo, que despega en *Las señoritas de Aviñón* (1907). En no pocas ocasiones encontramos una sorprendente plasticidad en las reflexiones de Santayana que desplazan nuestra percepción habitual de las cosas y alteran aquello que damos por sentado. También fue receptivo a las nuevas formas de sensibilidad y a las percepciones alternativas de la realidad, como se refleja en «Arte penitente» (1927). La fotografía comenzaba a extenderse como técnica y como expresión artística, y Santayana se hizo eco de

ello en su aguda conferencia «La fotografía y la imagen mental» (1900), en el *Harvard Camera Club*. El nuevo siglo supuso una eclosión de movimientos de vanguardia, un reflejo de la tensión entre tradición e innovación, que también se dio en la atmósfera pragmatista que Santayana respiró.

En *La vida de la razón* también se puede apreciar muy bien ese cambio de rumbo, esas perspectivas novedosas que cuestionan las convenciones vigentes y las convicciones heredadas. Para Santayana constituyen ocasiones de reflexión y forman parte de un programa hermenéutico que pone patas arriba buena parte de la tradición gentil. Porque lo que Santayana se propone, ni más ni menos, es recoger las mejores lecciones que proporciona la historia de la filosofía, para emprender —siguiendo el legado de su admirado Spinoza— una reforma de nuestra comprensión de la realidad. Para ello, en la estela de los grandes pensadores, decide hacer de la escritura un vehículo de conocimiento, un hábito para el pensamiento. Escritura y filosofía son una y la misma cosa, una expresión de la razón y una

intensificación de la vida. Escritura y filosofía son significante y significado de la vida de la razón: el arte de dar sentido a aquello que somos y a aquello que hacemos. El filósofo se convierte, así, en explorador de lo real y en narrador de lo que descubre, poniendo tanto empeño en impugnar los pasos en falso de la filosofía como en restituir el valor de la especulación, esa forma de felicidad que se puede disfrutar en soledad y compartir en sociedad.

La vida de la razón, o fases del progreso humano nos muestra un fresco de la imaginación humana, una narración filosófica cuya trama está urdida con los mimbres del drama y la argumentación: un intenso relato en el que la inteligencia intenta desenrañar los avatares de la contingencia. Desde una profesión de fe en un materialismo descarnado y radical, que entronca con las especulaciones fundacionales, Santayana ofrece una auténtica lección de filosofía perenne, un ejemplo de vanguardia y clasicismo, de crítica, desapego y lucidez radical.

La razón en el sentido común es el primero de los cinco volúmenes de *La vida de la razón* (los otros

cuatro se dedican a establecer vínculos entre la razón y la sociedad, la religión, el arte y la ciencia). Este primer libro está dividido en doce capítulos, precedidos de una introducción en la que deja constancia del objeto, método y antecedentes de esta obra. Para evitar malentendidos, Santayana utiliza con frecuencia aclaraciones sobre los términos que utiliza. El lector o la lectora que frecuenta la obra de Santayana acaba haciendo oído, como sucede con el aprendizaje de un nuevo idioma, reconociendo un cierto aire de familia con las palabras empleadas y siendo gratificado por la experiencia de descubrir nuevos vocabularios para formas distintas de aproximarse a la realidad. Así sucede con la palabra «progreso», que aparece en el subtítulo de su pentalogía, y que revela las reglas del juego. «La historia completa del progreso es un drama moral, un relato que se podría contar en una magna autobiografía, si sus múltiples mentes e incontables centelleos de consciencia se pudieran unir, como los setenta sabios de Alejandría, en una versión única de la verdad dispuesta ante cada cual para su in-

terpretación». Santayana está anunciando que vamos a adentrarnos en un relato coral, compuesto por destellos de conciencia que dan paso al espacio de los puntos de vista, a los lugares de la contingencia. Abrirse a la contingencia es plantar cara a las presunciones dogmáticas, que Santayana detecta en toda suerte de fanatismos, concepto que define de manera magistral en uno de sus sorprendentes átomos de pensamiento, que parece escrito para hoy mismo: «el fanatismo consiste en redoblar el esfuerzo cuando uno ha olvidado la meta». Por eso mismo, también sirve para rebajar nuestras expectativas, pues «no nos debe sorprender que el mundo no sea tan inteligible como deseamos», pero a cambio nos premia con la esperanza de encontrar el mundo «más propicio tanto para el intelecto como para el arte conforme aprendemos mejor a vivir en él». Así pues, la razón se convierte en la protagonista de un viaje de aprendizaje, un viaje de formación pleno de aventuras y descubrimientos, en el que lo real no queda reducido a lo racional, sino que se abre a lo relacional, a las novedades pro-

pías del curso de la vida. Para esa empresa, «puede ser útil restituir las verdades antiguas con palabras nuevas». La tarea de restituir verdades no consiste en construir ideales, sino en interpretarlos, pues «la época de la controversia ha pasado, le ha sucedido la época de la interpretación».

Que lo primero en el nacimiento de la razón es el flujo ya lo había constatado Heráclito, como nos recuerda Santayana en el primer capítulo, y más recientemente Zygmunt Bauman recuperó esa visión —con la metáfora de la vida líquida— como factor explicativo de la incertidumbre creciente de las sociedades avanzadas. El flujo necesita ser detenido para que la vida fije sus intereses, y es así como «la conciencia nace siendo ermitaña», sumida en un sueño que es previo a todo pensamiento, pues «bajo la superficie convencional del lenguaje y la reflexión siempre hay un sueño agitándose». Pero la conciencia emprende un camino hacia el fin de la noche, hacia el despertar, como nos recuerdan la literatura y los mitos universales. La vida de la razón es un proceso que propicia las condiciones de la exis-

tencia, es algo natural, «un crecimiento que, si los sucesos hubieran seguido otro curso, podría perfectamente haber quedado excluida». La vida es un experimento. Y son las variedades de la experiencia, precisamente, las que hacen posible que la conciencia despierte, descubriendo que el cuerpo tiene una organización concreta. Es el impulso corporal el que guía la atención, de modo que la razón se convierte en relevante para la acción. Dewey lo expresaría diciendo que el pensamiento es acción y que los seres humanos aprendemos haciendo. La acción se despliega en una realidad animada llamada naturaleza. Los humanos somos «moradores de la naturaleza».

El pensamiento también es una forma de vida, que emerge de la naturaleza y se eleva sobre la misma para comprenderla y comprender a los seres humanos como parte de ella. Por eso, contra lo que pueda concebir el positivismo, «no es un cálculo mecánico en el que los elementos y el método agoten el asunto». Antes bien, «la inteligencia no es más que un rayo centrífugo lanzado desde el lodo hasta las estrellas». Un trayecto que va de lo material a lo

ideal. «Conocer es reconocer algo ausente, es un saludo, no un abrazo». O dicho de otro modo, la razón no es una posesión, es una relación. Santayana evita, así, la pretensión de «tener razón», pero eso no significa dejar de pensar. Pensar es una actividad, es un movimiento que permite reconocer la materia de la que procedemos y al mismo tiempo, impulsar «el vuelo de la inteligencia».

Entre los críticos del descubrimiento de los objetos naturales está Kant, al que Santayana dedica unas páginas impagables en el capítulo cuarto que habían sido omitidas en la edición de Daniel Cory, y que aquí se recuperan. «La verdad es que una única naturaleza, o conjunto de condiciones para la experiencia que construye el intelecto, es el objeto de nuestros pensamientos y percepciones idealmente completado». Con la inspiración de Lucrecio, Santayana está desvelando uno de los pasos en falso de la filosofía. No considerar que somos parte de la naturaleza que nos explica y a la que damos explicación, es no reconocer nuestro origen ni nuestro propósito.

Aunque el mismo Santayana defienda que la razón humana es práctica, tentativa e hipotética, pone el acento en la concepción indispensable de objetos externos que forman el sistema de la naturaleza. Encuentra la unificación de la naturaleza eventual y teórica, de no ser así no sería inteligible la relación del mundo natural con la poesía, la metafísica y la religión. Si bien el discernimiento de la mente es un residuo errático de la existencia, no hay que identificar la mente con lo irreal, como si poseyera un «carácter fantasmal».

En cuanto al descubrimiento de mentes-afines, Santayana lo explica a través de «la falacia patética», mostrando de paso el carácter accidental del conocimiento. Conocer la realidad es, en cierto modo, una pretensión imposible, porque conocimiento quiere decir representación significativa, raciocinio sobre una existencia no conocida y distinta de las ideas que la representan. Pero en nuestras tentativas de conocimiento el lenguaje juega un papel importante como medio artificial para establecer unanimidad y transferencia de pensamientos

de una mente a otra. De ahí la importancia del símbolo como forma de expresión y de comprensión.

Por eso, también, la ambigüedad intrínseca de las metáforas, que señalan un umbral, un límite en nuestro conocimiento de la realidad al tiempo que nos sirven de vehículo hacia ella. Como sostiene un aforismo oriental: «la apariencia es el puente hacia lo real». Santayana acaba aceptando una naturaleza metafórica de la mente. No es de extrañar que su manera de pensar sea, como en el caso de Unamuno, un «discurrir por metáforas». No sólo el conocimiento de las cosas es mediato e interpretativo, también lo es nuestro conocimiento de otras mentes. El discernimiento de una mente por otra es un proceso social —puesto que «en toda vida social nos enfrentamos con el prójimo»— que pasa por una observación atenta y por una simpatía compartida, a la que Santayana da el nombre de amistad. La de Santayana es una filosofía de la amistad, de la cordialidad.

La experiencia directa, el encuentro con las cosas, proporciona un primer término en el discurso

mental, y aquí la realidad concreta se despliega en «concreciones en el discurso» y «concreciones en la existencia»: el nombre no es la cosa, pero las palabras expresan —como pueden y como saben— la realidad. Ambas pertenecen a categorías diferentes, pero concomitantes. Wittgenstein diría más tarde que «el lenguaje acompaña al mundo», tal vez haciéndose eco del fragmento 15 de Demócrito: «El cosmos es cambio, la vida es discurso». Ninguna percepción sería significativa ni tendría la capacidad orientativa que proporciona el conocimiento si no fuera por las ideas, expresadas en palabras. El nacimiento de una idea es lo que hace posible el conocimiento, revelando una actividad que consiste en la persistencia de un propósito. Una idea es una expresión de la vida, no una mera abstracción. Y nuestro discurso sobre la realidad es él mismo parte de la realidad.

Es cierto que «la razón no es indispensable para la vida, ni hace falta en absoluto si el único e indeterminado propósito es vivir de cualquier manera, como lo prueba suficientemente la existencia de los

animales y de la mayoría de los hombres», afirma Santayana con no poca ironía. Pero no es menos cierto también que la vida de la razón deja de ser meramente instintiva al tornarse consciente de sus fines y representativa de sus condiciones. «La razón tiene la perseverancia indomable de las tendencias naturales: vuelve a la costa como las olas en la costa. Observar su derrota equivale a dotarla de una nueva encarnación». El empirismo que deriva en un escepticismo radical contradice la realidad de los logros humanos sobre la ignorancia, mientras que el racionalismo que deriva en un sistema de abstracciones niega la facticidad de la vida.

Santayana pone el acento una y otra vez —desde su credo naturalista— en la primacía del flujo inmediato, sin dejar de subrayar la función de una razón emergente en su encuentro con un entramado de hechos de los que el ser humano es al mismo tiempo observador y actor, testigo y partícipe. Que la vida (de la razón) está acompañada de su relato no hace más que confirmar el valor de la filosofía como un interminable aprendizaje narrativo. Si alguna ad-

vertencia proporciona este aprendizaje es que no hay que tomar el mito por la realidad, ni las ideas por las cosas a las que apuntan. Se trata, como en la propuesta de Nāgārjuna, de «mantener la ilusión sin sucumbir a ella». El mito platónico —advierte Santayana— es una parábola, no una explicación de la realidad, pero una parábola que apunta hacia la emancipación de los seres humanos de las cosas materiales, indicando la posibilidad de alzarse desde la apariencia hasta la realidad. Para Santayana, en definitiva, la función de la razón es dominar la experiencia, porque «la razón no es una facultad de ensoñación sino un arte de vivir».

El método para vivir requiere que el pensamiento sea práctico, y la gran escisión «violenta y artificial» entre mente y cuerpo es otro de los pasos en falso de la filosofía que Santayana desmonta sin miramientos. En esta edición se recupera también, precisamente, una parte fundamental omitida en la edición abreviada de Cory dedicada a esta cuestión en el capítulo nueve. Aquí afirma que concebimos el mundo, no como un cuerpo vivo, sino como

un híbrido «mitad material, mitad mental, la torpe conjunción de un autómatas y su fantasma». Mente y cuerpo son compañeros naturales de por vida: si el cuerpo es un instrumento, la mente es su función. «La naturaleza es la base y el tema de la razón; la razón es la conciencia de la naturaleza; y, desde el punto de vista de esa conciencia cuando ha surgido, la razón es también la justificación y la meta de la naturaleza». Si leemos estas páginas en clave contemporánea, la semilla de la ecología profunda, que irrumpirá a partir de los años setenta del siglo pasado, ya estaba presente en las páginas de Santayana, que adquieren una vez más un carácter profético.

El valor del pensamiento es ideal. La eficacia material que se le puede atribuir es la eficacia propia de la materia. Si el mundo material es un objeto para el pensamiento, potencial en relación con la experiencia inmediata, no puede yacer en el mismo plano de realidad que el pensamiento ante el cual aparece. El pensamiento es así una expresión de relaciones naturales, como la voluntad lo es de afinidades naturales. La vida de la razón encuentra aquí todo su sen-

tido: «La vida desde su comienzo es simplemente alguna parcial armonía natural elevando su voz y manteniendo la atención sobre su propia existencia; perfeccionar esa armonía es rodear e intensificar esa vida». Esa intensificación revela que la vida de la razón proporciona a los seres humanos conocimiento en medio de la acción, como parte de un entramado complejo de la red de relaciones de las cuales está constituida la realidad. «Ese es el secreto del poder, del gozo, de la inteligencia. No haber entendido esto es haber pasado por la vida sin entender nada».

En su máxima expresión, el pensamiento es naturaleza representada. «El sentido común, el arte, la religión, la sociedad expresan la naturaleza de forma exuberante y en símbolos mucho antes de que la ciencia se añada para representar, por una abstracción diferente, el mecanismo que contiene la naturaleza». La representación, si bien es inevitable y necesaria, siempre es divergente respecto a aquello que representa. Lejos de ser una copia o un espejo, la representación supone desvío, rodeo, alteración;

supone, de nuevo, la asunción de la «falacia patética». Por eso un ideal no puede esperar a su representación para probar su validez. El ideal surge como horizonte del deseo. Santayana compara la razón y la conciencia, mostrando qué ciega y mecánica sería la conciencia a menos que apareciera iluminada por la razón. Esa primera luz con la que vemos la realidad es el sentido común. La demanda formal de la razón, su interés, reside en la armonía. Entre el deseo y la realidad, la razón encuentra su adecuación y su autoridad. Aquí resuena, una vez más, el eco de Spinoza, en uno de los más bellos escolios de la *Ética*: No deseamos algo porque juzgamos que es bueno, sino que juzgamos que algo es bueno porque lo deseamos.

La vida de la razón, así, constituye la aventura del ser humano desde el despertar de su inteligencia hasta el momento actual. Pero la vida de la inteligencia no está trazada de antemano, sino que es vivida como una realización armoniosa de ideales. De nada le sirve a la razón ignorar su origen; antes bien, la comprensión de su verdadero nacimiento

da paso a un mundo que, como objeto de pensamiento, es un tema maravilloso. Hemos de recordar de dónde venimos para saber a dónde queremos dirigirnos. Por ello, advierte, en uno de sus más célebres aforismos, convertido en emblema universal: «Los que no pueden recordar el pasado están condenados a repetirlo».

Considerada como un experimento y como una experiencia que vale la pena, la vida racional y su estudio comprenden las vicisitudes de la empresa humana, y las integra en una visión narrativa y distanciada. Este acercamiento resulta siempre simpático y compasivo, solidario y apasionado con los objetos que se propone. Es cierto que el ser humano es el gran engañador de la humanidad, pero también es el gran narrador e intérprete de la realidad.

La tarea de impugnar los pasos en falso de la filosofía es interminable. Se trata de desenredar los nudos gordianos y las confusiones que inevitablemente surgen cuando la imaginación espontánea se enfrenta a un mundo complejo, que no es en sí mismo dramático, pero que habitamos y narramos

dramáticamente. La naturaleza es la base y proporciona la trama de la razón, y esta es la conciencia de aquella. Los seres humanos tenemos necesidad de contar y contarnos relatos que hagan más comprensible el mundo que habitamos. Escritas con la gramática de lo real, en esas fábulas descubrimos, como Próspero en *La tempestad*, que estamos hechos de la misma sustancia de los sueños. Pero el hecho de sabernos soñadores tal vez sea un indicio de un progresivo despertar, iluminados con la luz primera del sentido común, que irá ganando claridad e intensidad con los ideales que proporcionan la naturaleza de la que formamos parte. Soñar despiertos, tomar conciencia de ello y comprometernos con la suerte de lo real aprendiendo a comportarnos como dignos huéspedes de nuestro anfitrión el mundo, es un raro privilegio que otorga la filosofía: ese constante anhelo de sabiduría que consiste en el arte de vivir. Pocos lo han expresado de una manera tan honesta y elocuente como Santayana.

Bibliografía reciente

OBRAS DE SANTAYANA EN ESPAÑOL

- El sentido de la belleza*, trad. de Carmen García Trevijano, Tecnos, Madrid, 2002.
- Personas y lugares. Fragmentos de autobiografía*, trad. de Pedro García Martín, Trotta, Madrid, 2002.
- Escepticismo y fe animal*, trad. de Raúl A. Piérola y Marcos A. Rosenberg, FCE, México, 2002.
- La vida de la razón*, selección de José Beltrán Llavador, Tecnos, Madrid, 2005.
- Platonismo y vida espiritual*, trad. de Daniel Moreno, Trotta, Madrid, 2006.
- Los reinos del ser*, trad. de Francisco González Aramburu, FCE, México, 2006.
- La filosofía en América*, Javier Alcoriza y Antonio Lastra, eds., Biblioteca Nueva, Madrid, 2006.
- Fragmentos de correspondencia romana. George Santayana a Robert Lowell*, edición trilingüe de Graziella Fantini, Instituto Cervantes de Roma, 2006.
- Interpretaciones de poesía y religión*, trad. de Carmen García Trevijano y Susana Nuccetelli, Krk, Oviedo, 2008.

- La razón en el arte y otros escritos de estética*, edición de Ricardo Miguel Alfonso, Verbum, Madrid, 2008.
- Tres poetas filósofos: Lucrecio, Dante, Goethe*, trad. de José Ferrater Mora, Tecnos, Madrid, 2009.
- Soliloquios en Inglaterra y soliloquios posteriores*, trad. de Daniel Moreno, Trotta, Madrid, 2009.
- Materiales para una utopía. Antología de poemas y dos textos de filosofía*, edición de José Beltrán, Manuel Garrido y Daniel Moreno, MuVIM, Valencia, 2009.
- Dominaciones y potestades*, trad. de José Antonio Fontanilla, Krk, Oviedo, 2010.
- Escepticismo y fe animal*, trad. de Ángel M. Faerna, Antonio Machado Libros, Madrid, 2011.
- Ejercicios de autobiografía intelectual*, edición de Manuel Ruiz Zamora, Renacimiento, Sevilla, 2011.
- El egotismo en la filosofía alemana*, edición de Daniel Moreno, Biblioteca Nueva, Madrid, 2014.
- Diálogos en el limbo. Con tres nuevos diálogos*, traducción de Carmen García Trevijano y Daniel Moreno, Tecnos, Madrid, 2014.
- Pequeños ensayos sobre religión*, edición de José Beltrán y Daniel Moreno, Trotta, Madrid, 2015.
- Sonetos*, traducción de Alberto Zazo, Salto de Página, Madrid, 2016.
- La tradición gentil en la filosofía americana*, trad. de Pedro García, Krk, Oviedo, 2018.

- Ensayos de historia de la filosofía*, edición de Daniel Moreno, Tecnos, Madrid, 2020.
- El carácter y la opinión en Estados Unidos*, trad. de Fernando García Lida, Krk, Oviedo, 2020.
- Recently Discovered Letters of George Santayana/Cartas recién descubiertas de George Santayana*, Daniel Pinkas, editor e introducción, presentación de José Beltrán, traducción y notas de Daniel Moreno, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2021.
- Ensayos filosóficos*, Daniel Moreno, ed., Krk, Oviedo, 2021.
- El intelecto no está de moda*, edición de Santiago Sanz y Misael Ruiz, El animal sospechoso, Barcelona, 2022.
- El nacimiento de la razón y otros ensayos*, traducción de Nuria Parés, introducción de Vicente Cervera, Oviedo, Krk, 2022.
- Una antología del espíritu*, edición de Antonio Lastra, Fundación Banco Santander, Madrid, 2023.

OBRAS SOBRE SANTAYANA

- Alonso Gamo, José María, *Un español en el mundo. Santayana*, Editorial AACHE, Guadalajara, 2007².
- Beltrán, José, *Celebrar el mundo. Introducción al pensar nómada de George Santayana*, Universidad de Valencia, Valencia, 2008².
- *Un pensador en el laberinto. Escritos sobre George Santayana*, Institució Alfons el Magnànim, Valencia, 2009.

- El animal humano. Debate con Jorge Santayana*. Edición de Jacobo Muñoz y Francisco J. Martín, Biblioteca Nueva, Madrid, 2008.
- Estébanez Estébanez, Cayetano, *La obra literaria de George Santayana*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 2000.
- Fantini, Graziella, *Shattered Pictures of Places and Cities in George Santayana's Autobiography*, Universidad de Valencia, Valencia, 2009.
- García Martín, Pedro. *El sustrato abulense de Jorge Santayana*, Institución Gran Duque de Alba, Ávila, 1989.
- «Jorge Santayana. Un hombre al margen, un pensamiento central», *Archipiélago*, n.º 70, 2006, 122 pp., número monográfico.
- George Santayana at 150. International Interpretations*. Edición de M. Flamm, G. Patella y J. Rea, Lexington Books, Nueva York, 2014. [Actas del IV Congreso Internacional sobre Santayana].
- «George Santayana: la lucidez de la razón», *Debats*, n.º 108, (2010). Número monográfico.
- George Santayana: un español en el mundo*. Edición de Manuel Bermúdez Vázquez, Renacimiento, Sevilla, 2013.
- Hodges, Michael y Lachs, John, *Pensando entre las ruinas. Wittgenstein y Santayana sobre la contingencia*, trad. de Víctor Santamaría, Tecnos, Madrid, 2011.

- Kremplewska, Katarzyna, *Life as Insinuation. George Santayana's Hermeneutics of Finite Life and Human Self*. State University of New York Press, Nueva York, 2019.
- *George Santayana's Political Hermeneutics*, Brill, 2022.
- Levinson, Henry, *Santayana, Pragmatism, and the Spiritual Life*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1992.
- Limbo. Boletín internacional de estudios sobre Santayana*, <<https://dialnet.unirioja.es/servlet/revista?codigo=11-264>>.
- La estética de Santayana*. Edición de Ricardo Miguel, Verbum, Madrid, 2010.
- Los reinos de Santayana*, edición de Vicente Cervera y Antonio Lastra, Universidad de Valencia, Valencia, 2002.
- Lovely, E. W., *George Santayana's Philosophy of Religion. His Roman Catholic influences and phenomenology*, Lanham, MD, Lexington Books, 2012.
- McCormick, John, *George Santayana. A Biography*, Transactions Publishers, New Brunswick, 2003.
- Moreno Moreno, Daniel, *Santayana filósofo*, Trotta, Madrid, 2007.
- Overheard in Seville. Bulletin of the Santayana Society*, <<http://indiamond6.ulib.iupui.edu/cdm/search/searchterm/overheard%20in%20seville/field/all/mode/all/conn/and/order/title/ad/asc>>.

- Patella, Giuseppe, *Belleza, arte y vida. La estética mediterránea de George Santayana*, trad. de Amparo Zacarés, Universidad de Valencia, Valencia, 2010.
- «Presencia de Santayana en el cincuentenario de su muerte», *Teorema*, 2002, n.º 1-3, 270 pp., número monográfico, <<https://dialnet.unirioja.es/ejemplar/102454>>.
- Ruiz Zamora, Manuel, *El poeta filósofo y otros ensayos sobre George Santayana*, Universidad de Murcia, Murcia, 2014.
- Santayana: un pensador universal*. Edición de José Beltrán, Manuel Garrido y Sergio Sevilla, Universidad de Valencia, Valencia, 2011. [Actas del III Congreso Internacional sobre Santayana].
- Saatkamp, Herman J., *A Life of Scholarship with Santayana*. Editado por Charles Padrón y Krzysztof P. Skowroński, Brill/Rodopi, 2021.
- Savater, Fernando, *Acerca de Santayana*. Edición de José Beltrán y Daniel Moreno, Universidad de Valencia, Valencia, 2011.
- Skowroński, Krzysztof P., *Santayana and America*, Cambridge Scholars Publishing, Newcastle, 2007.
- Tamponi, Guido K., *George Santayana: Eine materialistische Philosophie der Vita contemplativa*, Königshausen & Neumann, 2021.
- The Life of Reason in an Age of Terrorism*. Edición de Charles Padrón y Krzysztof P. Skowroński, Leiden, Boston,

Brill-Rodopi, 2018. [Actas del V Congreso Internacional sobre Santayana].

Under Any Sky: Contemporary Readings of George Santayana. Edición de Matthew Flamm y Krzysztof P. Skowroński, Cambridge Scholars Publishing, Newcastle, 2007. [Actas del II Congreso Internacional sobre Santayana].

Wahman, Jessica, *Narrative Naturalism: An Alternative Framework for the Philosophy of Mind*, Lanham, Maryland, Lexington Books, 2015.